

## Intriga, espionaje y crimen en el barrio chino

Ángel de la O

México, D.F., 14 de septiembre de 2015



En *El género negro* (1984), Mempo Giardinelli dice que cuando se menciona el nombre de Rafael Bernal, es notable la unanimidad entre los escritores en señalarlo como “un grande olvidado injustamente”.

Ciertamente se trata de un excelente escritor que por alguna extraña –aunque quizá no inexplicable– injusticia histórica no ha recibido el reconocimiento que merece. Bernal es autor de obra diversa. Entre los quince libros que escribió hay novela, teatro y cuento. Fue también un periodista versátil que incursionó tanto en medios impresos como electrónicos. Murió en 1972 y a poco más de treinta años de su muerte, en una especie de reivindicación, o en un tardío homenaje, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes publicó la novela *Caribal*, texto al que el escritor dio vida por primera vez hace medio siglo, por entregas, en las páginas del diario *La Prensa*.



Sin embargo, el nombre de Rafael Bernal irremediablemente continuará asociado al título de su novela más exitosa: *El complot mongol*, que además de excelente texto, es pionera en el género negro mexicano. Quizá a ella debe Bernal no haber caído en el olvido y es también muy probable que no haya tenido tiempo de disfrutar el éxito de la novela, pues se publicó tres años antes de su muerte, en 1969, en el despertar político y social del México moderno. Desde entonces, por su calidad literaria ocupa con justicia un alto lugar en la literatura mexicana.

*El complot mongol* es un hábil retrato de la ciudad de México de los años sesenta que recoge bien tanto el aspecto físico y el despertar de lo que más tarde sería la ciudad más grande del mundo, como el ambiente político y social que entonces se respiraba.

El lenguaje de la novela es un elemento que contribuye a crear el clima de la época. El protagonista, Filiberto García, es un pistolero a sueldo, hombre de acción, un tanto brusco y tosco, de algún modo antítesis del detective razonador y de pensamiento lógico que suele encontrarse en otras novelas policiacas. Tiene su propia filosofía de la vida y de la política, así como un singular lenguaje coloquial que permite al lector relacionarse con este atractivo personaje nostálgico de la Revolución. Filiberto García tiene expresiones como “jijoles”, “maje” o “hacerle a la novela Palmolive”, que ubican con precisión una época y una generación, que, a la lectura 35 años después de publicada la novela, deslavan un poco al personaje que intenta presentarse como rudo y lo hacen ver un tanto sensible. No obstante este detalle, mucho más perceptible para los lectores locales, resulta sorprendente la vigencia y actualidad que mantiene la novela, en el lenguaje, en estructura y en el oficio para contar la trama.

Quizá por ello fue posible que Ricardo Peláez y Luis Humberto Crosthwaite relanzaran con éxito considerable *El complot mongol* en un cómic en cuatro tomos. Una reseña de esa obra firmada por Miryam Ayudiffred en julio del 2000

anota que “la adaptación [...] recupera la figura de Filiberto García, el ‘fabricante en serie de pinches muertos’ creado por Bernal para asistir a los altos funcionarios del gobierno ‘cuando la ley y la conciencia no les alcanza’ porque, señala el protagonista de este libro, ‘si antes se necesitaban huevos ahora se necesita un título’ [...] Ya lo dice Filiberto García en la novela: ‘Matar no es un trabajo que ocupe mucho tiempo, sobre todo desde que le estamos haciendo a la mucha ley, al mucho orden y al mucho gobierno’ ”.

Filiberto García es un nuevo antihéroe en el que combinan perfectamente los muchos muertos que tiene en su trayectoria de matón y una actitud de caballero medieval mexicanizado que se ruboriza frente a la mujer que ama, y todavía más, se enamora.

La acción de *El complot mongol* se desarrolla en el céntrico Barrio Chino de la ciudad de México, constituido por una sola calle, la de Dolores, en la que Filiberto García tiene como encomienda desentrañar un complot internacional que a la postre resulta no ser más que un intento casero de golpe de Estado. Para los lectores aficionados al *género negro*, mexicanos o latinoamericanos, poco habituados a los escenarios domésticos y a los detectives nativos, el pretexto de la novela está muy bien trabajado, pues para incursionar en el género, el autor crea una historia hasta cierto punto verosímil que se asocia a exóticos elementos de la intriga internacional, donde tiene cabida una historia policiaca, es decir, una historia donde aparecen chinos y rusos. Así, el contexto se trabaja adecuadamente en favor de la historia que se narra, porque la época de la guerra fría da marco a una hábil narración mexicana.

Este telón de fondo le permite a Rafael Bernal presentar algunos de los problemas políticos de la época, como la relación Este-Oeste en el plano internacional y en el doméstico, y esbozar un retrato de la política nacional, ambos con buenas dosis de humor y sátira. El humor, ese elemento codiciado por escritores y agradecido siempre por los lectores, está impecablemente manejado en la novela de Bernal. Con humor y con

sarcasmo trata Filiberto García no sólo los hechos que van ocurriendo a lo largo de la novela sino que en ese tono están trabajadas sus reflexiones sobre temas más personales y recurrentes como el amor y la muerte. Por lo que se refiere a la política, el humor también sirve para presentar las costumbres locales y foráneas de corrupción, traición y violencia que irremediablemente se asocian al poder.

Bernal pretende construir una historia que cumpla con los cánones del *género negro* y lo logra sin dejar de mostrar una gran eficiencia narrativa que hace nada desdeñable su contribución a la literatura mexicana en el género novela. La línea argumental de *El complot mongol* está tejida con habilidad y fluye ágilmente. Se nota también el oficio del escritor en el equilibrio que logra entre los monólogos del protagonista y los diálogos. Un recurso técnico un tanto osado para la época y para el tipo de novela son los largos párrafos de monólogo del protagonista, de hasta dos páginas de extensión, pero de tal modo ágiles que pasan desapercibidos y marcan el ritmo de la novela entre los acontecimientos y la percepción del protagonista acerca de ellos.

La relectura de *El complot mongol* permite comprobar que los años han hecho bien a este texto por la razón sencilla de que se trata de una excelente novela. Puedo confesar mi equivocación cuando, hace años, percibí cierta exageración en algunas afirmaciones de Giardinelli, quien escribió que “no sólo es una de las grandes obras del género policiaco latinoamericano, y una pieza fundacional de la literatura negra mexicana, sino que es una de las más bellas novelas mexicanas de este siglo. Sin exagerar, en esta obra de Bernal hay una profundidad de pensamiento, una alegría creativa y un conocimiento psicosocial del mexicano realmente memorables. Y todo ello matizado con una pintura citadina impecable, y con intriga, acción, humor, ironía y una satirización galopante del sistema político nacional, de la relación Este-Oeste, y de ciertas prácticas, tics y ternuras del capitalino medio”.

Tengo la certeza de que el llamado *género negro* ha tenido históricamente amplios grupos de lectores en nuestro país. Mencioné a manera de ejemplo el caso de aquel conjunto de reporteros de policía defechos que con verdadera pasión devoraban novelas para aplicar a su oficio las técnicas de los escritores negros. Gracias a nuestro colega coatepecano Gregorio Jácome tengo una evidencia más de que estoy en lo cierto.

En la ciudad de México para continuar sus estudios en 1999, Jácome fue asiduo visitante a la capilla Alfonsina, en donde una de las cosas que más le sorprendió fue que un librero que cubría una pared completa albergaba cientos de novelas policiacas. El guía del lugar le explicó que Alfonso Reyes para despejar su mente que durante el día la ocupaba en densos tratados literarios, por la noche se dedicaba a leer novela policiaca hasta la madrugada. “Desconozco”, dice Jácome, “si esa afición de Alfonso Reyes por el género oscuro de la literatura fue alguna vez público. Lo cierto es que autores como Montalbán o personajes como Pepe Carvalho hacen que la novela policiaca sea lectura agradable, sobre todo cuando se lee, como don Alfonso, por las noches y uno termina por soñar que es el estimado Watson”.

